



ÍÑIGO ERREJÓN / SECRETARIO DE POLÍTICA DE PODEMOS

“La campaña de infamias y acoso va a ir a más”

MIGUEL MORA / SOLEDAD GALLEGO-DÍAZ / JACOBO RIVERO

FOTOS: MANUEL FINISH

EXTRACTOS DE LA ENTREVISTA EN VÍDEO (PABLO PÉREZ/ENRIQUE PORTILLA): [VIMEO.COM/CTXT/](https://vimeo.com/ctxt/)

Conversar con los dirigentes de Podemos es casi una hazaña estos días. No hay medio de comunicación, nacional o extranjero, que no pida una entrevista con alguna de sus caras visibles; el precario equipo de prensa está desbordado, y el líder máximo, Pablo Iglesias, parece haber decidido dejar de conceder entrevistas suicidas por una temporada.

Tras una semana de *whatsapp*s, cinco periodistas de *ctxt* (tres *plumillas* de tres generaciones distintas, un fotógrafo y un videoreportero) acuden al pequeño cuartel general de Podemos. El local, situado en un edificio feo y gris del centro de Madrid, tiene una habitación diáfana de unos treinta metros cuadrados, una sala auxiliar más pequeña —con una mesa para unas diez personas— y dos despachos diminutos. Apenas hay decoración, salvo una bandera morada del partido occidental más joven y pujante del momento: en un solo año, cabalgando sobre la desesperación causada por las políticas de ajuste dictadas por Angela Merkel y aplicadas con fervor por el Gobierno de Mariano Rajoy, Podemos ha canalizado el malestar de millones de españoles y se ha erigido en la primera fuerza política —según algunas

encuestas— de la cuarta economía de la zona euro.

La actividad en el politburó es febril, y el ambiente recuerda más a una ONG o a una redacción que a un partido clásico: unas veinte personas, la mayoría del Equipo Técnico, trabajan a toda pastilla en portátiles, casi todos Mac, y dispositivos móviles. Sobre un armario hay una caja de aguacates vacía y restos de fruta. Se ven más damas que caballeros. La media de edad debe rondar los 30 años. Viendo su energía y su soltura, y conociendo su capacidad, es fácil pensar que este puñado de jóvenes de clase media que caminan por la oficina sin pisar la moqueta van a ser la clave del futuro de España, los protagonistas del gran cambio generacional llamado a enterrar el régimen del 78.

Alto, afable y flaquísimo, Íñigo Errejón (Madrid, 1983) recibe a los periodistas en la puerta del cuartel general con un sólido apretón de manos y luego conduce al pelotón hasta uno de los despachos. Sobre la mesa está el artículo de José María Ruiz Soroa *El peligro de una sociedad sin divisiones* (*El País*, 9 de enero), que define las ideas de Podemos como “totalitarias”. El texto, según Errejón, “es muy bueno pero totalmente equivocado”. Lo dice con media sonrisa: “Mola de vez en cuando tener críticas así. No estamos acostumbrados a ese nivel”.

El secretario de Política de Podemos gana en el cara a cara. Durante hora y media, desgrana sus argumentos a una velocidad endiablada, demuestra una inteligencia sólida y autocrítica, y parece una persona honesta y cabal. Oyéndole, es imposible no recordar las alternativas al bipartidismo clásico surgidas en los últimos años en Francia (la saga Le Pen), Italia (Berlusconi, Grillo) o Reino Unido (Nigel Farage). Los jóvenes de Podemos representan, en buena medida, la vía contraria: formados, leídos y viajados, respetan las instituciones, defienden el Estado de Derecho y no hay rastro de xenofobia en su discurso. ¿Revolución bolivariana en ciernes, comunismo camuflado? Escuchando a Errejón se diría que todo es bastante menos dramático. Su visión es que Podemos representa a una legión de jóvenes y adultos desencantados con una clase política y económica que ha sido incapaz de proteger los derechos colectivos como prometió, y que les ha tocado a ellos impulsar el relevo de un “régimen agotado”.

Con su aspecto de estudiante modelo, este investigador de Ciencia Política recuerda a sus 31 años a una reencarnación, madrileña y postmarxista, de Antonio Gramsci. Hijo de militantes comunistas, se curtió como adolescente en un colectivo libertario y más tarde en el movimiento antiglobalización junto a Pablo Iglesias, con quien mantiene una estrecha amistad; en los últimos años, el intelectual orgánico de Podemos ha participado en docenas de debates en la factoría del movimiento (la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense (Somosaguas, Madrid), y ha cultivado su verbo revolucionario *ma non troppo* durante sus frecuentes viajes a Latinoamérica como vocal de la Fundación CEPS (Centro de Estudios Políticos y Sociales), para la que ha realizado diversos trabajos, sobre todo en Bolivia

y Ecuador.

Aunque lo niegue, Errejón es un político nato. Más reflexivo y menos demagógico que Iglesias —él apenas utiliza la retórica deportiva de resonancias berlusconianas—, el secretario de Política es el gran estratega del partido: fue director de campaña en las elecciones al Parlamento Europeo del 25 de mayo, y repetirá en los comicios municipales, autonómicos y también en las generales.

Durante la entrevista, se muestra relajado, seguro de sí mismo, a ratos un poco profesoral, y no evade ninguna cuestión. Asegura que, si Podemos llega al Gobierno, lanzará un proceso constituyente "para blindar los derechos de la mayoría empobrecida por las élites que han secuestrado el poder". Aunque añade que el proceso en ningún caso se planteará como una "demolición de las instituciones".

Pregunta. Hay mucha gente en esta oficina. ¿Son voluntarios o cobran?

Respuesta. La proporción de liberados es de uno a diez. La mayor parte de la gente viene a hacer trabajo militante. Los únicos recursos que tenemos son los que vienen de Europa. Pero los recursos de Europa, en su mayor parte, se los come Europa.

P. Sus análisis de ciencia política son brillantes, pero... ¿Ha hecho ya la transición de científico a político?

R. La subjetiva sí, la interior no.

P. ¿Todavía no se siente político?

R. No, no. Pero lo vivo desde una cierta... Llevo militando desde los 14 años. La novedad es que ahora de repente se te ve: te hacen fotos.

P. ¿Tiene Podemos la capacidad estructural y organizativa para ganar las elecciones?

R. Sí.

P. ¿Ya la tienen?

R. Creo que para ganar sí, aunque no es fácil, las encuestas de ahora...

P. ¿Están infladas?

R. Pero no porque nadie las haya trucado, sino porque todo el que quiere votar a Podemos se muere por decirlo y muchos de los que van a acabar votando a los partidos tradicionales del régimen, como eso ahora no viste mucho, no lo quieren decir.

P. ¿Qué esperan de PSOE y PP? ¿Sana rivalidad, pánico, ataques?

R. Creemos que la campaña del miedo va a ser aún más dura. Vamos a vivir un año terrible, y la campaña de infamias y de acoso irá a más. ¿A qué nos van a retar ellos? ¿A discutir de política? ¿Tal como está el país y con sus capacidades? No nos van a buscar ahí. ¿Dónde nos van a buscar? En desgastarnos, en que no llegemos políticamente vivos o intelectualmente sanos a la cita de noviembre. Así que vamos a tener un año infernal que va a ser difícil aguantar. Pero hemos dicho muchas veces que lo importante no es que Podemos gane. Lo importante es que esa grieta que Podemos es capaz de abrir y de capitalizar sea llenada por mucha energía y creatividad popular. Si no es a lomos o a hombros de esa energía y creatividad popular, no se llega; y si llegas, llegas cercado.

P. Las encuestas dicen que un 24% de quienes votaron a Rajoy hace tres años votarían hoy a Podemos. ¿Cree que se mantendrán fieles a un partido recién nacido, cuyas bases aspiran a asaltar los cielos?

R. La tensión clásica militante-simpatizante, que tan bien enseñaba José María Maravall, es muy intensa en nuestro partido. Y no tiene buena solución. Pero hay formas de gestionarla: una es el modelo organizativo; las primarias garantizan que las grandes decisiones están en manos de la gente, no de los militantes. Esa decisión fue complicada, porque te obliga a pedir a los imprescindibles que cedan en la toma de decisiones para no burocratizarte y no tomar decisiones malas por amiguismo o politiquero... Y luego está la duda de cómo diriges la fuerza de transformación: nosotros hemos puesto los qué por delante de los cómo; en el 15-M no sabíamos qué hacer. En el congreso decidimos, nos dijimos “viene un ciclo electoral corto, vamos a ir a la batalla de noviembre construyendo una máquina política capaz de formar una nueva mayoría en España”. ¿El modelo organizativo es perfecto? En absoluto. Lo estamos intentando construir, pero no lo mitificamos.

P. ¿Y dónde se ve usted en el futuro?

R. Sigo teniendo el corazón y las ganas escindidas, porque sigo perdiendo un poco de tiempo, no perdiendo, pero sigo intentando sacar tiempo para leer, para escribir cosas

académicas, que lee un 0,1% de la gente que ve mi intervención en televisión. Soy consciente de que vas un sábado por la noche a la tele, dices algo y tiene muchísima repercusión. Pero trabajar en la estrategia política y cultural es lo que me gusta hacer, y es ahí donde me veo cuando esta aventura se acabe, se acabe como se acabe. Y eso significa que vaya donde vaya tiene que ser en algún espacio en el que pueda por lo menos seguir.

P. ¿Pensando?

R. Intentando compatibilizarlo. ¿Que eso implica asumir a veces responsabilidades políticas? Pues claro. Porque además en los momentos históricos uno está un poco donde las cosas le colocan. Nosotros tampoco teníamos tan claro antes de la noche del 25 de mayo que de repente íbamos a tener que estar jugando este papel. Yo me creía la hipótesis. Creía que era correcta y que podía funcionar. Pero no me esperaba que fuera a funcionar en tres meses. Ha pasado un año desde que lanzamos Podemos, lo lanzamos el 17 de enero, pero ni siquiera fue lanzar Podemos, fue lanzar a ver si hay ganas de una candidatura. Un año después estamos ante una posibilidad inédita de cambio político en este país como había sido difícil que alguien se imaginara hace un año. Y eso te coloca en posiciones en las que, si me apuras, a lo mejor suena muy trascendente, muy cristiano, pero a veces no tienes derecho a negarte.

P. Si Podemos no ganara, ¿cree que el PSOE y el PP moverán ficha para incluir a algunos de los sectores próximos a ustedes? ¿O ya está asumido que no contarán con esas alianzas?

R. Es una relación siempre compleja, pero los dos grandes partidos han entendido ya, en el plano simbólico y estético, que no se pueden parecer tanto a ellos mismos. Si quieren seguir teniendo una capacidad de convencimiento amplio, tendrán que tomar medidas de renovación estética, de renovación del lenguaje. Yo creo que eso puede ir más allá. Lo estamos viendo con la discusión sobre la deuda, en la que el PSOE empieza a moverse desde su posición inicial, conforme se van moviendo también algunos economistas reputados, y nada sospechosos de ser peligrosos. Esos economistas van diciendo: "La crisis de la deuda no tiene solución profundizando en las mismas políticas que han llevado a su agravamiento. Es perfectamente normal reestructurar las deudas, negociarlas". Vamos a ver ese cambio con la deuda, y lo vamos a ver con muchas otras cuestiones.

P. Pero si Podemos no alcanza el poder en lo inmediato, en este curso político, ¿dónde quedaría?

R. Mucha gente nos dice: “Con que lleguéis hasta aquí, yo ya os lo agradecería muchísimo, por el meneo que les habéis dado, el miedo que tienen y cómo se están empezando a mover”. Pero todo eso se les pasa rápido. La posibilidad de volver a las posiciones de antes, como si no hubiera pasado nada, está ahí. La primera vez que una encuesta dio a Podemos en cabeza, un diario de tirada nacional tituló “La ira ciudadana aúpa a Podemos a la primera posición”. Fue particularmente insultante porque es como si hubiera un voto racional, de la gente que vota tranquila, y otro de la gente que vota diferente, porque vota airada. Pero eso revela una fantasía. La fantasía de que, después de un febril 2014, las aguas pueden volver a su cauce, y que el monopolio de la política quedará en manos de los de siempre.

P. ¿Puede suceder eso?

R. No como si no hubiera pasado nada, pero puede suceder. Siempre que hay una fuerza de cambio, una fuerza que viene a romper y desbaratar los equilibrios anteriores, hay una duda y una tentación en quienes mandan: “¿Me cierro totalmente o integro una parte de las reivindicaciones de quienes me desafían pero las conduzco yo? Así que las integro pero te quito a ti la iniciativa política. La tomo yo, lo conduzco yo y renuevo el orden”. Creo que eso puede pasar. Una posibilidad es que las promesas de recuperación calen un poco, no en la vida cotidiana de la gente, pero es que, para calar, el relato no tiene que ser estadísticamente cierto. Que empiece a calar la idea de que lo hemos pasado muy mal, pero que las cosas irán poco a poco a mejor, que hay que tener confianza, que todo cambio es terrorífico y hay que tenerle miedo al cambio. Ese es siempre el leit motiv de las élites cuando no tienen nada qué proponer. El cambio es malo, el cambio da miedo. Y tres o cuatro cosas que no minusvaloro, que pueden ser importantes: que el núcleo fundamental del poder introduzca tres o cuatro modificaciones; y el desgaste, el cansancio. La gente no vive permanentemente politizada, ni permanentemente movilizada.

P. ¿Se conforman con ser fuerza de agitación?

R. Claramente no nos conformamos. Decimos que hace falta un Gobierno al servicio de la mayoría social empobrecida. Y que vamos a trabajar para construirlo. Las encuestas nos dan primeros en voto estimado. Eso, pasado por la ley electoral y por la distribución geográfica de nuestro voto, te puede convertir en el segundo o en el tercer grupo en escaños. Ganando incluso en votos. Pero si no eres el primer grupo en escaños, incluso si no tienes la mayoría en la Cámara, la clave es, para mí, que en noviembre o en enero, si es que llegan a atrasarlas hasta enero, haya un resultado que haga imposible la vuelta a lo de antes con plena normalidad. Es decir, que haya un resultado que haga saltar por los aires el sistema de partidos viejos, y que lo que venga

por delante no tiene por qué ser mejor, pero no puede ser “uff, ya se pasó esta fiebre”. Al final la gente siempre acaba votando por lo malo conocido y restauramos. Para mí esa es la clave. Que la incursión en este ciclo político electoral sea una cuña tan fuerte que impida volver al equilibrio viejo.

El 15-M

P. Vayamos al 15 de mayo de 2011. Básicamente ese día la gente se junta para pedir democracia. Democracia real ya. No nos representan. Ahora Podemos habla de otras mayorías sociales. Y dice que su programa lo podrían firmar los socialdemócratas de hace 25 o 30 años. ¿Apelan a un espíritu de consenso social, relativamente distinto al que en principio algunos sectores del 15-M estaban apelando?

R. Por partes. Primero hubo una discusión en torno a interpretación en el 15-M del “No nos representan”. Y eso seguramente es lo más definitivo. Define un espíritu de época. La gente dice: “Ya no les creemos. No nos representan”. Y ahí creo que la discusión tiene que ver con una letra. Con no nos “representan” o no nos “representen”. Hay quien quiso ver en el 15-M un rechazo de toda forma de representación, y la inauguración de una política en la que no hubiera delegación ni representación. De gente que decide todo en asamblea. Yo creo que había una parte de eso en el 15-M. Seguramente la parte más militante y más activista. Pero había también un sector más grande, con menos estudios, con menos intelectuales, que decía: “Que estos no nos representan”. No era una crítica de la representación ni de las instituciones. Era una crítica de las élites que habían usurpado unas instituciones que ya no representaban la voluntad popular. De forma que la plaza decía claro que hay voluntad popular, pero nosotros la encarnamos más que quienes están dentro de las instituciones. Así que hay que echarlos. Creo que convivían esas dos corrientes.

P. La gente iba a manifestarse delante del Congreso. Luego reconocían la institución...

R. Como sede de la soberanía popular. Pero algo ha pasado. Algunos dirán que se trata de la casta. Otros dirán que es el secuestro de las instituciones políticas por parte del poder financiero. Seguramente hay diferentes diagnósticos, pero efectivamente hay un reconocimiento. Si no ¿por qué vas ahí? Vete al Banco de España, no, mejor vete al Santander. La protesta reconocía que el Parlamento debe ser la sede de la voluntad popular, pero que no se estaba cumpliendo. Y creo que eso diferencia la vía de los que estamos ensayando formas de poder político diferente, y la otra que dice estamos

construyendo un estado de opinión y una mera acumulación de fuerzas. Vimos durante todo un ciclo el despliegue de una cosa y la otra, y el agotamiento del ciclo de protestas modificó la correlación entre un alma y otra, porque creo que se generalizó la sensación de cómo puedo detener yo este saqueo, si lo que está pasando aquí es una desvergüenza, y yo me he manifestado, he hecho asambleas, me han detenido, me han arrestado, he ido a marchas y no sucede nada.

P. ¿El 15-M no era entonces el “que se vayan todos” de Argentina en 2001?

R. Nosotros vivimos en un Estado de la Unión Europea, de Europa y del Norte. Que funciona bien. Que funcione bien significa, siempre lo digo con la misma metáfora, que los presidentes aquí no salen en helicóptero de La Moncloa. Y eso significa que la acumulación de protestas, por ruidosas o violentas que sean, no modifica los equilibrios de poder en el Estado. Eso no pasa en un Estado del norte desde hace mucho tiempo. No lo modifica por sí sola. Claro que tiene impacto, pero por sí sola no lo modifica. Lo hemos visto en el caso griego. Seguramente ha sido el ciclo de protestas más duro y violento que hemos vivido en Europa desde los años setenta. Ha tenido mucho efecto, pero por sí solo no ha sido capaz de modificar los equilibrios de poder en el interior del Estado. Creo que eso abre la discusión del qué y el cómo. Hay que disputar una parte del poder político. Y en las democracias liberales occidentales eso tiene que ver, no solo, pero tiene que ver sobre todo con la vía electoral. Y hay una tarea inmediata, construir una mayoría política nueva para devolver las instituciones a la mayoría empobrecida. Esa es una vía más inmediata, en las elecciones. Pero luego hay otra, que es a lo que nos referimos cuando hablamos de reconstruir un pueblo. Ser capaz no solo de ese espíritu de delegación cuando alguna gente te dice: “No nos falléis, eh. Te voy a votar pero no nos falléis”. Bueno, sí. Pero esto se trata de que construyamos una ciudadanía para que esto no vuelva a suceder. Y eso tiene que ver con una serie de transformaciones culturales, institucionales, políticas más lentas, de más lento calado, que aseguren una posibilidad de contrapoder ciudadano o de voluntad popular nueva.

Socialdemocracia y oligarquía financiera

P. Eso es más que un programa socialdemócrata.

R. La socialdemocracia es una etiqueta que hoy a la gente le dice muy pocas cosas. Pero que nos vale para caracterizarlo, porque en un momento dado favoreció los pactos de convivencia en la Europa de posguerra. Creo que vivimos un momento tal que, sobre todo en los países del sur de Europa, la democracia es ya incompatible con los

proyectos de la oligarquía financiera. No puede haber democracia, es imposible. Hay planes que solo se pueden desarrollar chocando nítidamente con el poder financiero, y tenemos que defender cosas tan básicas como el derecho a tener derechos. Esto dibuja ya una frontera entre la democracia y la minoría privilegiada, que seguramente es quien ha roto el pacto. Creo que el enfado en nuestras sociedades, incluso aunque pueda tener un sentimiento progresista, popular, emancipador y democrático, parte de una percepción subjetiva conservadora. No es que las mayorías, la gente común, las mayorías empobrecidas hayan roto el pacto porque hayan dicho “esto es un engaño”. Me da que la cosa va a más, porque la percepción es que han sido los privilegiados los que se han puesto por encima de cualquier regla colectiva, por encima de las normas y del Estado de Derecho. De manera que sorprendentemente la gente que sale a la calle a protestar, y que son tildados de antisistema, son gente que está diciendo: “¿Oiga, podemos tener alguna garantía de que las normas rigen igual para todo el mundo?”.

P. Es decir, que los antisistema son ellos.

R. Claro. Es que el pacto social lo han roto ustedes por arriba. Se han colocado por encima de cualquier capacidad de control de ninguna institución. Y así pasa que aparecen fenómenos políticos, alianzas raras, extrañas, que en los tiempos normales, no de crisis orgánica, en tiempos normales dirías qué hace una persona como tú... de dónde vienen estas alianzas. Me parece que vienen de que esa frontera democracia / oligarquía ha dibujado un bloque muy amplio de gente, transversal...

P. ¿Se refiere a la traición del socialismo a las ideas de izquierda, a su alianza con el poder financiero?

R. En términos estrictamente políticos, no. La encuesta que estima que un 24,7% de nuestros potenciales votantes proceden de antiguos electores del PP revela que algo muy profundo se ha quebrado en el sentido común de nuestra sociedad para que casi un cuarto de los que hoy digan que van a votar a Podemos votaran a Rajoy en las últimas elecciones. Visto desde la izquierda más clásica, eso dice que algo están haciendo mal. Pero algo más profundo se ha quebrado para que las cartas se realineen tanto. Cuando nosotros dijimos lo de la centralidad del tablero, muchos periodistas preguntaron si nos habíamos vuelto de centro. No. Primero, porque el centro no existe. El centro es una media entre dos cosas que nos inventamos. Si corres la derecha 35 kilómetros hacia allá, se desplaza el centro. No se trata de definirse como de centro o no. Se trata de asumir que hay ideas que hoy no están representadas, y que sin embargo están compartidas por una mayoría transversal. De gente que viene de lugares muy diferentes. Eso no pasa siempre, no es una estrategia atrápalo todo, para todos los momentos. No sale en un manual de campaña. Pasa, en mi opinión, en momentos de

descomposición de las ideas y de las confianzas que nos explicaban en qué sociedad vivíamos y a qué teníamos derecho.

El proceso constituyente

P. Si el problema es que una oligarquía se ha situado por encima de las normas, pero la mayoría acepta esas normas, ¿por qué hace falta el proceso constituyente del que habla Podemos?

R. Nosotros tenemos una Constitución que parece diseñada para que no ser modificada. Parece que al constituyente en 1978 lo que le preocupaba es que no se tocara en mucho tiempo. Es una Constitución muy difícil de reformar. He estudiado bien las Constituciones latinoamericanas, por cierto de signos ideológicos diferentes, y están hechas para ser fácilmente modificables. Es decir, la sociedad se dota en un momento dado de un pacto y dice: estamos transitando de un modo de sociedad a otra. La Constitución de la que nos estamos dotando podrá ser modificada. Estamos en un momento de transición. Dotémonos de unas normas que permitan que este texto sea modificable. Por el contrario, cuando uno estudia nuestra Constitución, parece más bien que el constituyente lo que estaba pensando es en cerrarla bien. Pero es verdad que se puede modificar, faltaría más. Aunque hablemos del candado del 78.

P. Si la Constitución es difícilmente reformable, ¿hay que proceder por fuera de ella?

R. No, no se puede hacer por fuera. No hay forma. Lo que pienso es que siempre hay una tensión entre el Poder Constituyente y el Poder Constituido. Y siempre hay un momento, cuando se crea una voluntad popular nueva, en el que hay gente que dice: "Somos un pueblo y queremos normas para vivir mejor" y eso siempre choca con las normas que había antes. No ha habido nunca un proceso en el que haya una nueva voluntad popular que exige dotarse de nuevas normas y en el que la respuesta sea: campo libre. Siempre chocas con las normas heredadas y estas pueden ser democráticas, o menos. En nuestro caso provienen de un proceso democrático, con tutelas autoritarias, pero de un proceso democrático. En mi opinión, primero hay que construir un consenso muy amplio. ¿Cómo vamos a querer cambiar la Constitución sin consenso? Eso es imposible. Hay que construir un consenso muy amplio en torno a una idea: las reglas del juego han sido rotas por los de arriba y necesitamos unas reglas del juego adecuadas a las necesidades actuales de nuestra sociedad.

P. ¿Y cuáles son las reglas del juego que se han roto, las que no valen?

R. A mí me gustaría tener reglas del juego más garantistas para las personas. Me gustaría por ejemplo que el derecho a la vivienda estuviera dentro de los artículos de la Constitución que son inmediatamente reclamables.

P: Pero eso no implica que se haya roto ninguna norma.

R. Bueno, pero esa ausencia nos ha colocado ante un drama humanitario. A mí me gustaría proteger ese derecho en la Constitución, y proteger la titularidad del agua, de la energía y de los recursos naturales, de forma que sean de titularidad pública, aunque eso no significa que no puedan ser explotados de forma privada. Queremos proteger determinados bienes en la Constitución, bienes con los que no queremos jugar. Igual que en un momento dado el Constituyente dijo: “No hay democracia sin *habeas corpus* y hay que proteger ese derecho”, igual alguien debe decir hoy: no hay democracia si el agua puede ser un objeto de negocio para unos pocos. Y para protegerlo, vamos a poner ese derecho en el capítulo, no de las cosas bonitas, sino en el de las cosas exigibles.

P. En Italia se afrontó y ganó el problema de la propiedad del agua con un referéndum. ¿No podría hacerse aquí?

R. Claramente, pero el marco constitucional español lo dificulta mucho. Aquí la Iniciativa Legislativa Popular lo tiene difícilísimo para prosperar, pese a la gran movilización social que exige. Hasta ahora el reparto entre PSOE y PP hace que sea prácticamente imposible. Esa mayoría ha hecho que pareciera que no existía acuerdo en cosas fundamentales ni descontento, porque no se expresaba en el Parlamento. Hasta que ha estallado. Ha estallado, felizmente de forma no violenta, pero ha estallado. Y mucha gente ha dicho: “Si ustedes no dan cabida en las instituciones a voces diferentes ni a sus demandas, ustedes deberían salir de ellas”. La gente se echa a las plazas o deja de votar, se harta. Yo creo que hay que posibilitar la apertura de un proceso constituyente para dar cabida a esas demandas.

P. ¿Qué entiende exactamente por proceso constituyente?

R. La convocatoria a Cortes Constituyentes...

P. Pero para la mayoría de las demandas que ha expuesto no hace falta convocar Constituyentes, se puede modificar la Ley.

R. Hacen falta dos tercios en el Parlamento para esas cuestiones, y conseguir dos

tercios en el Parlamento.... En todo caso, creo que hace falta un consenso amplio para avanzar en esos cambios. ¿Tiene que producirse ese consenso entre los diputados? Yo creo que en momentos como estos, de agotamiento de cierto pacto de convivencia....

P. ¿Se ha agotado el pacto de convivencia?

R. Sí, porque la gente no se cree ya a las instituciones ni a las élites que las ocupan. ¡Incluso aunque les voten! Hay una epidemia, me parece, de cinismo, de descrédito de las instituciones y de quienes las ocupan, una ruptura de las expectativas sociales.

P. ¿Se trata entonces de dar más contenido a esas instituciones?

R. Por supuesto. Ningún proceso constituyente en la historia ha tenido que ver con demoler las instituciones. Nunca. Se trata de modificarlas, pero llamando a la gente a dotarse de un nuevo texto constitucional. Nosotros creemos que muchas de las modificaciones se pueden hacer dentro de esta Constitución y otras sin tocar una coma. Sin embargo, creemos que el objetivo final es devolver la confianza en las instituciones a todos los ciudadanos, decirles que tienen la misma posibilidad que las élites de que les vayan bien las cosas. Es decir, afrontar ese cinismo del que hablábamos, ese "bueno sí, las leyes están escritas, pero todo el mundo sabe cómo funcionan las cosas".

P. ¿Y cómo se afronta eso?

R. Ese "todo el mundo sabe cómo funciona las cosas" tiene dos problemas. Uno, eliminar la desconfianza social, y la desconfianza en las propias instituciones. Y dos, la quiebra del pacto intergeneracional. En nuestro país hubo toda una generación que aceptó muchos sacrificios entendiendo que estaba haciendo un proyecto aplazado de vida: "Renuncio para mí, pero la siguiente generación vivirá en mejores condiciones que nosotros". Ahora ya nadie se atreve a hablar de ese pacto. No lo digo con mordacidad, ese dicho expresaba un cierto convencimiento de que merecían la pena los sacrificios porque se dejaba un país mejor a la generación siguiente. Hoy no hay casi ningún español que mantenga eso.

P. ¿Y para recuperar ese ánimo hace falta un proceso constituyente?

R. Yo creo que un proceso constituyente es, en primer lugar, saludable en términos democráticos. Si uno consigue una mayoría para un proceso constituyente significa que hay un ansia de dotarse de nuevas reglas de convivencia.

P. Hay pocas democracias, occidentales por lo menos, que tengan procesos

constituyentes cada treinta años.

R. Francia se ha refundado varias veces...

P. ¿Realmente piensa que tiene sentido hacer *tabula rasa*?

R. No. Es imposible hacer *tabula rasa*. Hay muchas cosas con las que no se va hacer *tabula rasa*. No se va hacer, por ejemplo, con la Seguridad Social. Es algo de lo que podemos estar profundamente orgullosos. Funcionaba, y funciona todavía razonablemente bien, y protege un derecho sin el cual uno no puede ser ciudadano. Si uno tiene miedo a ponerse enfermo, no puede ser ciudadano. ¿Hay que hincar el diente a determinadas cuestiones que no están protegidas en la Constitución española? Sí. Para eso hay dos vías: conseguir un consenso entre las élites políticas, o abrir un proceso de gran acuerdo popular.

P. ¿Qué cosas requieren ese nuevo gran acuerdo popular?

R. Hay muchas. ¿Hay que abrir la cuestión de la Jefatura de Estado? Hay que abrirla. ¿Hay que abrir la cuestión del encaje territorial de España? Claramente. No vale con cerrar los ojos. Y, sobre todo, hemos tenido pocas herramientas institucionales para evitar el secuestro por parte del poder financiero del conjunto de las instituciones políticas. Eso es así hasta el punto de que vemos normal el rescate permanente de bancos y entidades privadas y, sin embargo, se sigue echando a las familias de las casas. A las pruebas me remito. Pero un proceso constituyente no tiene que ver con un proceso de destrucción.

P. ¿Y para salir de esta crisis, que no es sólo económica, es imprescindible meter al país en una vía tan incierta como esa? ¿No es lo prioritario que la gente empobrecida recupere el empleo y el bienestar? ¿No cree que ese proceso pondría a España en una situación muy complicada en Europa?

R. En una situación muy complicada estamos ahora. Las empresas se van de España. La crisis no para de crecer. Los intereses de la deuda se comen buena parte de los esfuerzos de los españoles.... En éstas estamos. Yo creo que no hay diferencia entre solucionar la problemática social y solucionar la problemática democrática. Nunca habríamos llegado a esta situación de despojo de la mayoría y empobrecimiento de los sectores populares y medios si no hubiese sido por una masiva concentración de poder en manos de unos pocos. Por eso han podido hacerlo. Tiene que ver con afinidades, con la conquista del aparato del Estado, una conquista paulatina de espacios en la sociedad civil, en los medios de comunicación, en la capacidad de convencernos de que las

razones de unos pocos son las razones de todos. Una cosa y la otra son lo mismo.

La transición vieja, y la nueva

P. ¿Contra eso se levantó el 15M?

R. El 15-M fue seguramente la mejor vacuna para nuestro país, porque significó que el malestar no lo iba a capitalizar Marine Le Pen. Lo que el 15-M dijo básicamente es que no tenemos casas porque tenemos una democracia extraordinariamente débil. Puso como enemigo a la Troika, no a los inmigrantes. Al hacer eso, el 15-M introdujo una maravillosa vacuna democrática, impidió que nadie dijera “primero vamos a garantizar que haya trabajo”. El 15-M puso sobre la mesa que la cuestión social y la cuestión democrática iban de la mano. Subrayó que la mayor concentración de riqueza en manos de las élites se ha dado en el momento de mayor descrédito de las instituciones y del mayor alejamiento de la gente respecto a la representación. Y que una y la otra son lo mismo. Y por otra parte, nuestra sociedad es una sociedad madura. Creo que el relato dominante sobre la transición...

P. ¿Cuál es el relato dominante de la transición?

R. El relato según el cual hicimos una transición modélica.

P. Algunos dirían que el relato dominante hoy es justo el contrario, que fue un desastre...

R. Bueno, vamos a medir cuántas series de televisión cuestionan la Transición. Cuántas películas. Cuántos catedráticos. Cuántos programas de televisión. Pero yo me refería a la idea según la cual los españoles somos un pueblo tendente a enfrentarnos entre nosotros. Eso salió a relucir, por cierto, con el tema de la sucesión dinástica: “¿Un referéndum para enfrentarnos más?”. Sinceramente, yo no me imagino que nadie se plantee esa pregunta en países como Noruega. Yo creo que durante la Transición había una concepción un tanto romántica de los españoles, quizá un poco atávica: “Hubo una guerra entre hermanos y una transición en la que todo el mundo cedió algo”. Esa idea según la cual tendríamos dificultades para gestionar demasiada democracia porque siempre tendemos a dividirnos, no sé si es solo española, pero no me la imagino en Noruega.

P. Volvamos a la idea de que la oligarquía ha secuestrado la democracia. ¿Cree que

ha secuestrado también la Constitución?

R. Hay autores que hablan de un cierto proceso "deconstituyente". La idea de cómo se ha ido modificando la Constitución sin pasar por ningún referéndum. Cómo ha sido reforzada paulatinamente en algunos aspectos y, digamos, desvalorizada en otros.

P. Eso dicen algunos autores. ¿Y usted?

R. Yo no soy experto en Derecho Constitucional. Me interesa más la discusión sobre en qué medida esta Constitución ayuda al bienestar de los españoles, que la del momento fundacional del régimen del 78. Lo que me importa es cómo nos dotamos de instituciones que nos permitan saber que nuestros hijos no tendrán miedo si se ponen enfermos. Y eso puede exigir modificaciones para externalizar servicios de Sanidad. Porque los españoles hemos decidido modificar una parte del pacto de convivencia fundamental. Yo soy más partidario de un proceso constituyente, pero lo fundamental es que nos pongamos de acuerdo en cuáles son los contenidos a modificar.

P. ¿Y cuáles son?

R. Queremos dotarnos de un pacto que diga, por ejemplo, que el derecho a la sanidad pública igual está igual de blindado que el derecho a la libertad de expresión. Y queremos dotarnos de unas normas que hagan que eso no esté en manos de una mayoría o de otra. Vamos a reunir una inmensa mayoría, lo blindamos, y que solo se pueda modificar con una mayoría similar. Que pueda haber modificaciones en el equilibrio electoral en un sentido o en otro, pero que hayamos construido un suelo mínimo. Yo creo que no hemos sido capaces de construir ese suelo mínimo que garantice a todos los ciudadanos que puedan ser ciudadanos.

P. ¿Quiere decir que la Constitución no ha impedido que el poder viole el Estado de Derecho?

R. Sí, desde luego, y ahí se abre una discusión. ¿Un mejor uso de la Constitución lo habría podido hacer? Es posible. Pero también es verdad que esta Constitución ha permitido que esto suceda. Así que nosotros, que somos otra generación, nos dotamos de unas instituciones porque las existentes no se han revelado lo suficientemente fuertes para impedir que esos privilegiados secuestren el Estado de Derecho. Así que a lo mejor hay que reforzar las murallas. Y hay otra discusión, más técnica: ¿para reforzar las murallas tenemos que repartir de nuevo la baraja o basta con hacer modificaciones de la Constitución? Y ahí de nuevo, ves cómo no lo tengo asumido en lo subjetivo, la respuesta como politólogo es que querría desarrollar más el debate. En términos

exclusivamente políticos, diría que lo importante es construir una mayoría muy amplia nueva para que se produzcan esas modificaciones, y encontrar luego cuáles son las vías para que esas modificaciones puedan reordenar una parte del pacto de convivencia en un sentido más favorable a la gente corriente, a la gente trabajadora.

P. ¿Y si esa mayoría no cristalizara, qué se haría mientras no se cambie la Constitución?

R. El expresidente de Uruguay Pepe Mujica decía que para la gente que nos dedicamos a la política como transformación, lo importante siempre es el "mientras tanto", nos contaba que él venía de una generación que estaba empeñada en asaltar los cielos, pero que mientras los asaltaban... Lo dice alguien con cierta edad y como presidente de Uruguay, pero me parece una cosa con mucho sentido. La clave es el "mientras tanto". Porque hay muchas cosas que no llegan. Claro que las tienes que pelear porque si no, no avanzas. Mientras tanto, ¿cómo vas a ser capaz de asegurar que mañana se frena la infamia de que una familia pierda su casa? ¿Eso significa renunciar a la posibilidad de un consenso amplio para una apertura constituyente? No en absoluto, no. Solo significa decir que en el mientras tanto hay necesidades urgentes que cubrir. Si hay un cambio y Gobierno nuevo, la gente nos juzgará desde el minuto uno por las expectativas que hemos levantado. Eso está bien, pero también te espolea a solucionar mañana, en 100 días, que la gente no pase frío en su casa. Mientras haces grandes cambios, habrá que asegurar que nadie pasa frío.

P. Es decir, que lanzar el proyecto constituyente como meta es una idea para galvanizar a la sociedad.

R. Claro, y servir de palanca. Mucha gente nos dice: "Si ahora lo abres te sale peor que en el 78". Eso obvia que si has sido capaz de abrirlo es porque la correlación de fuerzas ya es diferente. Lanzar esa idea abre un horizonte constituyente; hasta que eso se transforma en una codificación legal pasa mucho tiempo. Pero es una idea en discusión. A mí me seduce...

P. ¿No hay unanimidad en el partido sobre eso?

R. Sí. Lo que hay es diferencia sobre la prioridad de las cosas y sobre en qué medida cada cosa ayuda a acumular fuerzas en un sentido y en otro. Hay que reconocer que es uno de estos temas que exigen un grado un poquito más alto de complejidad política. No es uno de estos temas que se explican tan fácilmente y por tanto cala más en espacios de debate digamos más sosegados, y luego si va permeando, permea.

P. En su reciente conferencia en la UNED dijo que la ciencia política no tiene sentido sin compromiso. El compromiso es lo que le da valor a todo lo demás. ¿Compromiso con qué? ¿Cuál es el compromiso de Podemos?

R. Compromiso con una vida en la que la gente tenga menos miedo. Que la gente no tenga miedo a perder la casa, a que le echen del trabajo, a no llegar a fin de mes. Que las diferencias entre cómo viven unos y otros no sean tan grandes. Y que la gente pueda ejercer la ciudadanía.

P. ¿Compromiso como lucha contra la desigualdad y por los derechos civiles?

R. Yo lo resumiría en democracia. La democracia ha sido siempre eso. Nos hemos acostumbrado a ir pensando que es solo un conjunto de reglas de procedimientos institucionales y legales. Ha sido siempre la voluntad del común de la gente, de la gente que no tenía amigos poderosos ni mucho dinero. Ser tenida en cuenta, vivir en condiciones más dignas, poder decidir más sobre su día a día.

P. Pero eso se hace a través de leyes.

R. Claro, de leyes. De acuerdos que luego se institucionalizan en leyes.

P. El compromiso de Podemos es hacer leyes preguntando a la propia sociedad qué quiere. Marine Le Pen, por ejemplo, propone un referéndum sobre la pena de muerte. ¿Qué preguntará Podemos a los ciudadanos?

R. Yo creo que hay dos vías. Una vía para tener una democracia más sólida, más fuerte y más justa. Ahí hay dos combates por dar. Uno es ver cuál es el radio de acción de la democracia, hasta dónde llega la democracia. La democracia puede quedarse en decidir quién se sienta en los Parlamentos, pero llegar también a la posibilidad de decidir de quién son las empresas de energía, a las relaciones sobre el trabajo, a las relaciones entre géneros. Hay una cosa que tiene que ver para mí con la extensión. Hasta dónde llega. Ciertamente, hoy una parte de las decisiones que afectan a nuestra sociedad son democráticas, se deciden en las urnas. Solo son una pequeña parte. Pero el grueso del poder político, y digo poder político conscientemente, porque aunque no se llame político es político, no está sometido al menor control democrático. Está sometido solo a una forma de funcionamiento típicamente oligárquica. Minorías que, por tener más dinero y más poder, se salen sistemáticamente con la suya. Eso significa que es muy importante que tengamos derecho a votar si una ley es para todos. Eso es importantísimo, y ha costado mucho conseguirlo. La cuestión es que los poderosos han sido capaces de irse escapando y de ir escatimando cada vez más terrenos a la lógica de

la democracia. “Ustedes van a seguir decidiendo democráticamente quién se sienta en los Parlamentos. Todo lo demás déjenoslo a nosotros. Eso lo decidimos nosotros”.

Democracia, instituciones, igualdad

P. ¿Y qué mecanismos hay para lograr eso?

R. Hay una pelea permanente entre oligarquía y democracia. Entre la ley de los privilegiados y la ley de los más. Y eso significa expandir la soberanía popular. Hacer que haya más cosas que sean *decidibles*.

P. ¿A través de referéndum?

R. O a través de un Gobierno. Decía que hay esa pelea por la expansión de la soberanía popular, y luego otra, que es que la gente pueda decidir, digamos, más a menudo y con mejores procedimientos. Yo me lo imagino como una pelea de *extensión* —que la democracia llegue a más terrenos— y como una pelea de *intensificación*. Que haya más información disponible en mejores condiciones para que la gente pueda evaluar las actuaciones de los representantes públicos. Que haya más transparencia, que haya mejores mecanismos institucionales, que la gente pueda intervenir más... Que tenga más posibilidades de control de sus representantes. Yo creo que son dos líneas de desarrollo de fortalecimiento democrático.

P. Pero si una parte de esa expansión democrática viene a través del Gobierno... ¿Cómo se hace?

R. Yo creo que los gobiernos que son representantes o deberían ser representantes de los ciudadanos muy a menudo han sido copartícipes de una suerte de secuestro de las instituciones democráticas por parte de los privilegiados. Cuando nosotros denunciábamos la corrupción no lo hemos hecho nunca como una cosa conservadora y tecnocrática. “Es que los políticos son corruptos, que gobiernen otros”. No. En realidad eso es mucho más peligroso. Estamos diciendo que ese ha sido un mecanismo por el cual los más poderosos se han apropiado de las instituciones.

P. ¿Y eso cómo se evita?

R. Hemos visto hace poco un ejemplo. Hemos visto al Gobierno español negociando con los laboratorios que tienen la patente del medicamento para los enfermos crónicos de

Hepatitis C. Y hemos visto ahí dos poderes chocar. Un poder de signo democrático, como es el Gobierno español, frente a un poder mucho más poderoso incluso, con ninguna legitimidad democrática, que es una multinacional farmacéutica. Ahí hemos visto un choque. Y ahí hay una posibilidad de ceder o defender. Hemos visto un Gobierno particularmente débil al que le parece que quitarle una casa a una familia es una normalidad, pero que, por favor, cómo vas a desprivatizar una patente.

P. No es solo una decisión de Gobierno. Es del Parlamento.

R. En nuestro sistema, para ser Gobierno tienes que tener una mayoría en el Parlamento, aunque sea prestada. Pero te puedes sentar a una mesa de negociación y te puedes sentar con otra voluntad. ¿Por qué no sucede esto? ¿Es por alguna maldad del partido del Gobierno? Yo creo que no es por ninguna maldad en absoluto. Es un funcionamiento coherente con a quién se deben, que les hace ser sistemáticamente fuertes con los débiles, siempre débiles con los fuertes, y fuertes con los débiles.

P. Entonces no es un secuestro, sino un pacto, o una rendición.

R. Bueno, sí. Siempre que sepamos que quienes están ahí muchas veces han actuado como testaferros del poder. De los grandes poderes. Muchas veces ha habido una lectura del concepto tan traído de casta que la restringía a los representantes políticos. A si tiene un coche oficial o no. Bueno, el problema fundamental no es si tienen coche oficial o no. O si son más o menos transparentes los viajes en el Senado. El problema está en a quién se deben. Y en ese a quién se deben, ¿cómo puede ser que en un momento tan dramático hayamos visto la mayor concentración de riqueza entre la minoría más privilegiada? Porque tienen un gobierno a su servicio. Porque tienen un gobierno que lleva mucho tiempo haciendo leyes para esa minoría privilegiada.

P. El libro de José María Maravall *Las promesas políticas* explica que no existe la posibilidad tajante de que la desigualdad desaparezca. Lo que hay es que pelear para que no siga creciendo. ¿Podemos quiere una sociedad totalmente igualitaria?

R. Quizá os sorprenda, pero creo que está bien que la desigualdad nunca desaparezca del todo. Porque eso es garantía de libertad. La pelea política no se acaba nunca. No hay un mañana que de repente abres la puerta y ya está, acabas de inaugurar una sociedad sin problemas. Esa sociedad no puede existir, y si existiera sería una tortura, sería un mundo cerrado en realidad. No, no. Yo creo que ese es un combate que hay que dar siempre. Pero sin que eso nos haga caer en el relativismo de que siempre hay cierto grado de desigualdad. Nosotros hemos visto en los últimos años un especial agravamiento y una especial concentración de la riqueza en manos de unos pocos. Y

eso tiene que ver con decisiones políticas que no llueven del aire. Que no son aleatorias. Lo que pasa es que nos hemos acostumbrado, creo que durante demasiado tiempo, a que quienes abanderaban digamos las banderas de la igualdad, de la democracia, de un cierto pacto social que nos hiciera a todos más ciudadanos que súbditos, han tenido miedo a la voluntad de los privilegiados, han aceptado en lo fundamental la forma de ver el mundo, el marco, el lenguaje de sus adversarios.

P. ¿Qué cosas concretas piensan traducir en leyes?

R. Hay tres patas que para nosotros son parte de un mismo modelo de país. Desde que las políticas de ajuste se están desarrollando en España, los tres principales problemas de nuestro país se han agravado, están peor. La deuda pesa más sobre España. Todas las medidas que supuestamente iban a facilitar hacer frente a la deuda lo único que han hecho es aumentarla, y que pese más aún y se coma un porcentaje mayor de los Presupuestos Generales del Estado, más de un tercio. La desigualdad es hoy peor que al comienzo de la austeridad; la pobreza es peor. Y esto no son fenómenos desconectados ni son fenómenos casuales. Es el resultado de un compromiso de un modelo de país. ¿Cuál es ese modelo? Es un modelo en el cual las élites económicas y políticas, que en la historia de nuestro país han sido poco creativas y poco emprendedoras —no estamos hablando de una burguesía creativa, que al desarrollarse desarrolla junto con ella el conjunto del país, no—, tienen como virtud fundamental estar cerca del poder y recibir regalos del poder. En un momento en que la fragilidad de nuestro sistema económico se pone de manifiesto cuando llegan las turbulencias financieras, ¿qué se les ocurre a esas élites para salir de esta situación y mantener las mismas ganancias que antes? Empobrecer al resto y competir por abajo. Y esto no obedece a ninguna maldad, sino a un proyecto determinado. Que no puede ser separado de la cuestión de la crisis democrática.

P. ¿Piensan reforzar la independencia del Tribunal Constitucional?

R. El otro día estuvimos reunidos con gente de Jueces para la Democracia, y decían: “A nosotros nos parece mejor que sea el Poder Judicial el que pueda elegir más a sus miembros”. Y nosotros decíamos: “Estamos estudiando la posibilidad de que algunos miembros del Poder Judicial sean elegidos directamente. Y sean elegidos por los ciudadanos”. Es una cosa muy normal en América, en todo el continente americano, incluyendo Estados Unidos.

P. ¿Elegidos por los miembros de la judicatura?

R. Según los cargos, en algunos casos por los ciudadanos, y en los casos de los

tribunales mayores entre juristas o entre miembros del Poder Judicial a partir de cierta experiencia. Tienes que tener más de 30 años de ejercicio y entonces la gente puede elegir entre determinados jueces. El problema es que el nivel de información que necesitas para poder elegir a un juez es normalmente mayor que el que necesitas para elegir a un diputado. Porque es más difícil saberte la trayectoria. ¿Cuál es la ventaja? Que evitas la captura del Poder Judicial por el Poder Ejecutivo. Es verdad que el Poder Ejecutivo puede pelear en unas elecciones, pero tiene que pelear en unas elecciones, no le basta con levantar un teléfono y llamar a un juez. Porque ese juez viene de un origen diferente. El juez en cualquier momento le puede decir al Gobierno: “Mira, a mí me han elegido como a ti”, y eso plantea un choque de legitimidades...

P. ¿Le parece mejor ese sistema?

R. Bueno, la elección directa me parece francamente interesante. Y a lo mejor tendría sentido que pudiésemos tener peritos o una Policía Judicial que no hubiera que pedirle a Interior. Porque a veces al mismo Ejecutivo al que estamos investigando le tenemos que pedir que nos facilite los medios para investigarle más. De manera que a veces son un poco renuentes. Y a veces combatimos con menos medios. Esas no son a lo mejor grandes modificaciones. No es una revolución democrática. Pero es que hemos llegado a un punto en que la defensa del Estado de Derecho es una cosa revolucionaria. El juez Ruz, que es un hombre de origen conservador, dice: “Oiga, déjennos trabajar”, y esto no lo digo solo en términos de choque contra el Gobierno, sino de caracterización de la situación en la que estamos. Que es una situación en que el atrincheramiento de unos hace que el normal funcionamiento de las instituciones sea muy problemático para los que mandan.

P. ¿Está diciendo que la separación de poderes es inexistente?

R. No diría que es inexistente. Creo que hay una tensión siempre abierta. En España existe separación de poderes, pero los privilegiados trabajan día a día, con el normal funcionamiento de las cosas, para reducirla. Y hay algunos a los que, para reducirla, les vale una llamada, una comida, un amigo, una presión. Pero los ciudadanos están carentes de ese tipo de mecanismos. ¿Qué necesitan los ciudadanos, entonces? Más capacidad de intervenir en política, y más y mejores instituciones. Solo con un refuerzo de las instituciones los ciudadanos pueden hacer frente al atrincheramiento.

P. ¿Qué instituciones hay que reforzar, y en qué grado?

R. La Fiscalía Anticorrupción y la defensoría del pueblo, que puede ser perfectamente elegida directamente por los ciudadanos y que debería poder actuar de oficio ante

cuestiones de corrupción. Hay muchos organismos en los cuales el diagnóstico principal de cómo deberían funcionar muchas veces proviene de gente que ha trabajado allí y que ha acabado tirando la toalla. [Esa gente] ha acabado diciendo: “Son demasiado poderosos. No me puedo enfrentar”.

P. ¿Cuál será el modelo para blindar las instituciones?

R. Según para qué cosas. Igual que para la protección social Estados Unidos no es un modelo en absoluto, hay cuestiones que tienen que ver, por ejemplo, con la elección de los jueces, que pueden ser interesantes. Ahí yo sí creo que hay que ser *laico*, y digo laico en el sentido de *ecuménico*, para tener la capacidad de acudir a los ejemplos como si fueran una caja de herramientas.

P. ¿Y qué elementos están en esa caja de herramientas?

R. Como he trabajado más en América Latina, conozco mejor los procesos de elección judicial de allí. Hay muchos que son francamente interesantes. Cuando estuve en Bolivia se estaba discutiendo la nueva Constitución: decidieron cómo elegir a los jueces para hacer frente al problema de que sólo un 10-15% de la población fuera blanca y hablara en castellano y que, sin embargo, todos los jueces se correspondieran con ese segmento de la población. Necesitamos modificar las escuelas judiciales, para que procedan de estratos sociales y de grupos étnicos diferentes. Necesitamos modificar los modos de elección. Si queremos que empiecen a salir jueces representativos de la pluralidad de nuestra sociedad, tendremos que empezar a valorar diferentes...

P. Pero eso ya existe. En Bolivia, no, pero aquí, sí.

R. Con respecto a la elección, no.

Universidad, casta, ideología

P. El artículo de [Soroa](#) afirma que su propuesta de crear una nueva hegemonía divide al país en honestos y corruptos y tiene un tufo totalitario.

R. Es un buen artículo al que me gustaría tener tiempo para responder. Porque comete al menos dos trampas: por un lado, describe una lógica general, la de la hegemonía, como una particularidad de Podemos, que aspiraría a construir una voluntad general nueva. No hay actor con voluntad hegemónica que no aspire a encarnar el universal.

Pero esa aspiración es siempre precaria y necesariamente incompleta, lo que es garantía de libertad, de que el poder, con Leffort, es siempre un lugar vacío. Por otra parte, deduce de esa pretensión hegemónica una lógica excluyente. Es cierto que toda construcción de un pueblo conlleva la creación de una frontera que define un ellos y un nosotros. Pero esa frontera puede ser en términos adversariales: el "ellos" es legítimo, no se aspira a su destrucción física sino a su derrota política. En una comprensión típica del conservadurismo liberal, se cree que lo que amenaza la diferencia es el conflicto y la lucha de ideas, cuando lo que la viene amenazando es la suspensión de las diferencias en torno a un consenso 'técnico' que encumbra el poder de minorías oligárquicas por encima de la soberanía popular.

P. Bajemos un poco a la tierra. ¿Qué le pareció la manifestación de París?

R. La casta se hizo un *selfie*. Esa foto desde arriba, apartados de la gente, ese triángulo es tremendo. Además ir de la mano de gente como Netanyahu, Sarkozy... Por lo masiva se parece a la del 11-M, que fue la *mani* más transversal en la que yo he estado. Estaban Aznar, Berlusconi y gente de todas las tendencias.

P. ¿Hay casta en la Universidad?

R. Yo creo que la casta se inventó en la Universidad.

P. ¿Así que lo de [Félix de Azúa](#) lo sabía ya?

R. ¡Y nos los dices a nosotros, que hemos estado de becarios, corrigiendo exámenes y trabajos que no son nuestros, escribiendo artículos que a veces no firmas, o pagando un precio muy alto por el compromiso político! El compromiso de izquierdas en la Universidad estaba bien visto en la Transición, luego había que moderarse y si seguías siendo rojo se pagaba caro. Bolsas de viajes para asistir a seminarios, derecho a escribir en ciertas publicaciones... Conocemos muy bien la casta universitaria.

P. A usted también le acusan de gozar de privilegios.

R. Nos están poniendo bajo una lupa de aumento que no ya la casta, sino una gran parte de la ciudadanía, no podría aguantar. Es muy significativo que en el momento de agotamiento moral y crisis de imaginación de unas élites, lo único que se les ocurra decir es: "¿Lo ven? Nosotros damos asco, pero ¿ven como ellos también?". Esas cosas siempre calan, y no hay que ser arrogante. Pero creo que la gente se da cuenta de que usan una doble vara de medir, y eso puede convertir en un bumerán.

P. Muchos dicen que los dirigentes de Podemos son grandes expertos en

comunicación política y malos políticos.

R. Esa es una crítica más elaborada: primero fue la andanada con ETA y Venezuela, luego vino el “ustedes no reciclan”, sugerir que no somos gente honesta y trabajadora que nos dedicamos a lo que nos dedicamos, y luego una cosa que parece un elogio pero que es una crítica: “No, es que son muy listos, son muy buenos”, es decir, saben engañar a la gente. Ahora nos dibujan como a una especie de alquimistas; después de las elecciones en la tele todos me preguntaban “¿Cuál es la fórmula?”. Yo podría ser un farsante y escribir un best-seller: “Yo inventé la campaña Podemos”. Pero la fórmula es: ¿No has visto cómo está el país? Son un conjunto de ingredientes que no fabrican la receta.

P. Falta que Podemos explique para qué está aquí.

R. La sensación es que estamos en un momento muy raro en el que los “para qué” son evidentes para mucha gente. Unos movimientos sociales se han convertido en alternativa de cambio y otros no. La clave es que las cosas se les han ido tanto la mano a los poderosos que reivindicaciones muy moderadas son hoy las banderas del cambio. Nos han puesto muy fácil la receta. No somos una suerte de laboratorio, solo somos unos militantes universitarios críticos que quieren cambiar las cosas y que en un momento dijimos: vamos a convertir esa marea de gente harta en una alternativa de cambio. No lo hemos conseguido. Solo hemos puesto sobre la mesa que es posible, que hay condiciones para el cambio. Pero falta lo más duro.

P. Mucha gente no entiende que digan que no tienen ideología, que no son de izquierdas.

R. La ideología no solo se expresa en las metáforas derecha e izquierda. Esa metáfora es eminentemente europea y se utiliza desde hace dos siglos, pero ya no sirve para explicar lo que pasa en España. Las diferencias formales entre izquierda y derecha se han borrado tanto que la gente ya no se identifica con eso... La división entre casta y ciudadanía ha prendido como un campo de hojas secas al que tiras una cerilla. La cerilla solo había que tirarla, pero la clave es que el campo estaba totalmente seco, que el terreno estaba abonado. Pero eso no es una apelación nuestra a *desideologizar*. Al revés: se trata de hacer más política pero con otras metáforas.

Grecia y la Unión Europea

P. ¿Cómo cree que va a influir Grecia en el futuro de Podemos? El taxista que nos traía dice que lo suyo va a depender de lo que pase en Grecia. Dice que como los de Grecia ganen y la caguen aquí la gente no se tomará en serio a Podemos.

R. Cuando nosotros hemos dicho que estábamos siguiendo la agenda griega y que eso solo conducía a la situación griega, nos decían “¡Esto no es Grecia!”. Ahora de repente todo el mundo parece encantado de decir que esto es Grecia. El caos, Syriza es el Podemos griego... De repente hemos descubierto que esto es Grecia. Pero hay diferencias sustanciales. A nosotros nos parece que Grecia está condenada a mayor audacia de la que nos haría falta a nosotros, porque nosotros somos la cuarta economía de la zona euro y tenemos más capacidad de negociar y de presionar, de hacernos valer, y tenemos una composición de la deuda diferente. En el caso de Grecia me parece que están obligados a jugar de farol. Como cuando en las películas americanas hay dos coches que van corriendo hacia el abismo a ver quién se atreve menos y se desvía, y el que se rinda antes pierde. Y yo creo que Merkel también está jugando de farol. Hay economistas que ya están diciendo que en realidad las instituciones europeas tienen descontada la mayor parte de la deuda griega, que es con las instituciones europeas o con instituciones internacionales y no con fondos de inversión o con los mercados secundarios, y que por tanto la posibilidad de reestructurar la deuda es más sencilla. Lo que pasa es que Merkel también está en campaña electoral.

P. Y negociando...

R. Tanto la victoria de Syriza como el desempeño de un posible Gobierno popular y alternativo en Grecia van a tener repercusiones, pero me parece que al final la política internacional importa relativamente, influye relativamente en las cosas, salvo en periodos muy concretos. Si hay una guerra o un atentado...

P. Bueno, oyéndole parecería que el PP se hubiera inventado esa política, cuando esa política la ha impuesto Merkel. Lo cual indica que la política internacional cuenta y mucho.

R. Ah, no, no, claro, Rajoy es un testafarro... Decía para la cosa electoral.

P. Podemos dice que va a cambiar las cosas, pero si gana las elecciones va a llegar a Bruselas y va a haber 26 países de 28 que van a decir: “Esto no se toca”. ¿No sería bueno ser honestos con la gente y decir que esto es muy difícil cambiarlo?

R. Sí. Hay que reconocer que las columnas centrales exigen... Hay una pelea que dar en Europa, pero es obvio que la das en una correlación de fuerzas que no eliges, incluso si

has ganado aquí. En Europa avanzas lo que puedes; lo que no puedes, lo negocias, y lo que no puedes negociar, te lo comes. Por otra parte, y esto es muy poco hermoso para salir en los manuales, todo el mundo hace básicamente lo que puede. Incluso en los procesos más formalmente revolucionarios, llegas al poder, te encuentras con lo que hay y a partir de eso avanzas lo que puedes; y lo que no puedes lo intentas postergar o intentas no ceder demasiado. Sin embargo, mi sensación es que hay margen.

Seguramente la política fiscal es el mejor ejemplo de eso. Habría elementos. ¿Hay soberanía económica en España? En absoluto. Pero ¿tienes elementos concretos como para hacer modificaciones que cambien sustancialmente la vida de la gente? Creo que hay muchas cosas que sí puedes hacer.

P. ¿Hay margen para la política?

R. Ciertamente hay margen. Hemos hablado de desahucios, hemos hablado de la pobreza energética, hemos hablado del modelo de relaciones laborales, de las leyes para regular el mercado de trabajo, hemos hablado de la política fiscal. Todas esas cuestiones son cuestiones en las que un Gobierno se puede mover. Hay que reconocer que ha habido cesión de soberanía en Europa, y hay que reconocer también que esa ha sido la mejor excusa para las élites. Las élites durante mucho tiempo han podido usar el “es que viene de Europa”. No, a usted le vienen directivas y usted decide cómo las aplica y cómo las concreta. Pero le vienen sobre algunas cosas, hay muchas cosas sobre lo que usted decide.

P. ¿Cree posible construir Europa sin ceder soberanía?

R. Entiendo que hoy no hay un proceso europeo, que el actual proceso europeo es un proceso fallido. La debilidad política de la Unión Europea y la cesión de cosas tan importantes como la soberanía monetaria a órganos que no tienen el menor control democrático ha sido un suicidio. No tenía ningún sentido cederle eso a un banco central europeo sobre el que no tenemos control y que parece haber sido diseñado para engrosar las arcas de los bancos privados, no puede prestar a los Estados pero sí a los bancos para que estos presten a los Estados. Pero claramente no hay integración sin cesión de soberanía. A mí no me importa ceder soberanía siempre que se la cedas a organismos democráticos. Si cedes soberanía a organismos menos democráticos que lo que tenías en tu Estado nación, mejor no cederla...

P. Una curiosidad. Entre Mujica y Correa, ¿con quién se siente más identificado?

R. Conozco mucho más Ecuador, por tanto conozco más el proceso ecuatoriano de la llamada revolución ciudadana, mucho más que Mujica y Uruguay. Creo que en todo

caso responden a dos sociedades, iba a decir distintas, pero eso es de Perogrullo, a dos momentos políticos muy diferentes. En Ecuador se cae el sistema de partidos, y hay una posibilidad de aglutinar el descontento en torno a un liderazgo carismático. Un tipo que precisamente porque está preparado, porque se salió de un Gobierno por la negativa a pagar la deuda, tiene capacidad de aglutinar un descontento con el cual refundar un país en condiciones más justas. En el caso de Uruguay no se cae nada. Lo que hay es un giro a la izquierda de un señor que además ha estado preso durante la dictadura. Pero digamos que eso responde a una sociedad que, con el nivel de vida que tiene Uruguay, el nivel de estabilidad democrática, aunque es verdad que tuvo dictadura, ha tenido instituciones sólidas, una ciudadanía articulada, ha elegido presidente, ha girado y además cae particularmente simpático en Europa, tiene formas particularmente europeas. Es muy fácil que Mujica caiga bien aquí. A mí me cae fantástico. No lo digo como crítica. Y en el otro caso tenemos el derrumbe de un sistema institucional.

P. ¿En España hay un derrumbe del sistema?

R. No, no como el de allí. Aquí hay crisis de régimen pero no hay crisis de Estado. Aquí, el régimen político, cuando digo régimen es democrático, aquí el régimen político del 78 está en un desgaste prolongado y en un agrietamiento cada vez más profundo. Pero el Estado no. ¿Qué significa eso? Aquí las farolas siguen funcionando, el tráfico se ordena, la basura se recoge, hay orden público y eso va a seguir; esto significa que los cambios que nos imaginemos van a ser más en términos de reformas más o menos estructurales que de tabula rasa. Y menos mal. Porque en todos los sitios donde ha habido tabula rasa... Cuando a nosotros nos dicen que si nos inspiramos en experiencias que están a miles de kilómetros, dices: "Dios, menos mal que no hace falta". Aquí la gente no sobrevive hacinada en los cerros de las ciudades sin ser ciudadano. En los sitios donde se ha hecho tabula rasa tenía que ver con que se cae un Estado, aquí afortunadamente no se cae. Y que no se caiga, digo afortunadamente porque eso también garantiza que puedas volver a las cuatro de la mañana caminando por la calle y que no va a suceder nada.

P. Y que para hacer una gestión no hace falta corromper a nadie.

R. Claro. Y eso es salud institucional. Cuidado, que también hace que los cambios sean seguramente menos abruptos y tengan más posibilidades de funcionar. ¿Por qué? Porque tú aquí no tienes que inventar un Estado al día siguiente de llegar. Tú aquí no es que llegas al Gobierno y tienes que construir un Estado. Aquí las Administraciones públicas podían funcionar mejor, claro, como todo, pero en lo fundamental funcionan.